

abandonando el género

*masculinidades mutantes hacia una
afectividad radical*



un colectivo de varones x
que se reunió semanalmen-
te en Buenos Aires. durante
el 2012.

La nómade

Introducción

¿Qué es ser varón? ¿Se nace varón o cómo se hace uno varón? ¿Hay otras opciones cuando uno tiene un cuerpo bioasignado varón? ¿Cómo se construyen esas otras formas?

¿Cuanto nos oprime y cuanto nos hace falta una norma, una legislación que nos haga reales para los otrxs?

¿Qué es lo exclusivo de la pareja? ¿La sexualidad? ¿Cierta grado de intimidad? ¿Qué relación hay entre familia y género, entre trabajo y género, entre género y estado?

¿Qué no podemos poner en juego por ser varones?

¿Cómo dejamos de reproducir el poder? ¿Que es el poder?

¿Que pasa con nuestro cuerpo? ¿La dureza es fuerza? ¿La fuerza es rigidez?

¿A dónde está el deseo? ¿Qué queremos y qué no queremos hacer? ¿Qué relaciones deseamos? ¿Ella es el amor de tu vida o es la putita del barrio? ¿Qué otras opciones hay? ¿Que nos calienta? ¿El deseo sexual puede preexistir el encuentro de los cuerpos que lo sostienen? ¿Dónde radica nuestro placer sexual, dónde se produce? ¿Que pasa con el orgasmo?

¿Se puede romper con algo desde la forma en la que nombramos la realidad? ¿Cuál es la relación entre masculinidad y la razón?

¿Qué hacemos con la violencia de género? ¿Cómo la combatimos o cómo la rechazamos?

¿Cuál es la potencia de un cuerpo? ¿Cuántos orgasmos tienen un varón? ¿Cómo se dan los encuentros entre varones y mujeres? ¿Se puede escapar a las relaciones diádicas? ¿Se pueden dar encuentros nuevos entre mujeres y hombres que no sean heteronormativos? ¿Cómo traban nuestros encuentros los modos reglados de encontrarnos?

¿Las preguntas son inocentes o suponen todo un registro de lo real y de lo posible? ¿Cuanto cuestiona y cuanto afirma una pregunta?

Son muchos los que pretenden explicar que el combate feminista es secundario, como si fuera un deporte de ricos, sin pertinencia ni urgencia.

Hace falta ser idiota, o asquerosamente deshonesto, para pensar que una forma de opresión es insoportable y juzgar que la otra está llena de poesía.

Virgini Despentès, *Teoría King Kong*.

En el principio, las preguntas. Pero ¿Que es lo que lleva a un varón a preguntarse sobre su género? Hay incomodidades que cada cuerpo siente de formas diferentes, hay cosas que cuesta hacer entrar dentro de la norma, dentro de lo normal. Un varón, en el silencio de la tarde, siente cosas que no se condicen con ser varón, y entonces se pregunta *¿Qué es ser varón?*

Toda pregunta encierra una afirmación, preguntarse qué es ser varón es de algún modo decir que uno no se está sintiendo cómodo con algo, también quiere decir que se dejó de ver como natural e inmutable una condición y algo en ese ser, en esa identidad, apareció como algo modificable en nuestra vida. Hay algo que no nos gusta, o que nos causa displacer, o que nos cierra la posibilidad de vivir cosas que queremos y no se aparecen ni siquiera como posibles. Hay algo que intuimos, que vemos sobrevolar nuestros días y nuestras noches, lo vemos instalarse en nuestras cocinas y en nuestras camas, lo sentimos susurrarnos al oído, gritarnos a la cara. Hay un malestar de un cuerpo que se resiste a ser narrado de *una* forma, con todas las violencias que se le exige ejercer sobre los otros, sobre si mismo.

Hay quienes no sienten esa incomodidad.

Hay quienes ante la incomodidad, prefieren todavía seguir un poco más, aguantar otro poco a la espera de que alguna magia o milagro los devuelva a la habitabilidad de su rol. Bienaventurados los que tienen esa fe, pues el milagro y la magia también son modos de construir lo real y nada sabemos sobre el destino de esa espera.

A algunos se nos hace inhabitable esa incomodidad. Las preguntas se transforman y aparecen otras. Nos preguntamos *cómo hacer*, pues empezamos por sentir que hay que hacer algo. Este cómo tiene muchas respuestas, pero en cualquier caso parece ser interesante preguntarse cuál es nuestra capacidad de actuar (agencia), como varones, en relación con nuestra propia masculinidad, con la femineidad, con las llamadas problemáticas de género, e incluso cabe preguntarse de qué modo una agen-

cia puede permitirnos pensarnos por fuera de una identidad de género sólida y ajustada a la normativa, hasta dónde esa extranjería de la norma aporta comodidad y desde dónde se vuelve dolorosa, destructiva.

La agencia¹ no es algo que se elija. Siempre hay agencia y la agencia siempre es colectiva. Lo que es posible es elegir respecto de qué, apoyada en qué colectividad sucede nuestra agencia. Siempre hacemos algo guiados por algún relato, siempre performamos (hacemos, construimos) nuestro género, y la pregunta de cuál es nuestra agencia tiene más que ver con elegir qué es lo que guía nuestra acción, con cuál es esa o esas acciones en las que vamos a poner nuestro cuerpo que con si hacer o no hacer. Podemos seguir haciendo lo que nos exige nuestro género, o ir haciendo otras formas habitables de estar en nuestro cuerpo.

¿Cuál es la agencia de un varón respecto su género? ¿Cuál es la agencia que tiene un varón respecto de las problemáticas de género: femicidio, violación, aborto, maternidad, desigualdades salariales, doble jornada, objetualización del cuerpo, etcétera?

1. Entendemos por agencia la capacidad de actuar, siguiendo un poco a Joan Scott. Eso sería lo elemental. Pero además también nos preguntamos un poco más sobre la agencia y aparecieron unas cuantas cosas. La agencia es siempre relacional y nunca individual, no nace de un sujeto sólido pero de algún modo tiene cierta capacidad de crear subjetividades (individuales o colectivas) o de desubjetivar. La agencia es capacidad de acutuar y la acción es potencia, en el sentido de que puede inaugurar algo, de que a partir de la acción aparece como posible lo que antes era imposible. La agencia no sale de la nada, sino que se inserta siempre en un espacio social, es un punto en un entramado de relaciones. Refiere antes a un proceso -a un como- que a un qué sólido y conocible de antemano. La capacidad de actuar, la agencia, es la posibilidad de escapar a la norma para fundar otras reglas o nuevas superficies de contacto. Tener agencia es estar situado (y la presencia en una situación siempre es relacional), y desde ese estar situado funcionar cuestionando, generando conexiones nuevas. Tomamos también algo del concepto de agenciamiento, por ejemplo la idea de que hay una multiplicidad heterogénea la cual se agencia estableciendo uniones, conexiones, relaciones entre múltiples términos heterogeneos; que la única unidad del agenciamiento es el co-funcionamiento: una simbiosos, una simpatía. *Lo importante no son las filiaciones* -que vendrían a ser unidades cerradas- *sino las alianzas, la aleaciones; ni tampoco las herencias o las descendencias, sino los contagios, las epidemias, el viento.* (Deleuze y Parnet, 1997). Más adelante también seguimos trabajando con el concepto de agenciamiento deleuziano, usandolo para la lectura de un testimonio.

Algunos creen que, por ejemplo, antes de hablar del aborto es interesante preguntarse por la contracepción, y en el por qué hay métodos hormonales tan sofisticados para mujeres y sin embargo no los hay para varones, cosa que parece mucho más sencilla biológicamente hablando. Problematizan así toda una concepción de maternidad en donde la mujer es la única responsable del embarazo, del hijo y de todas las decisiones alrededor de eso. Y problematizan también la relación de la ciencia, la técnica y el conocimiento en general con cierta jerarquía de género, o con ciertos preceptos genéricos. La agencia que se deduce de estas preguntas, de estas problematizaciones es la de ir desarmando en el cotidiano los roles y las responsabilidades que van pegadas a esos roles. También está la agencia de darle lugar a otras formas de conocer y de crear saber. Lo que se puede hacer es chiquito y cotidiano, pero no por eso menos importante. La agencia está aquí en la vida privada, que hace tiempo se ha incluido dentro del universo de lo político. Y también en la forma de entender el conocimiento y su aplicación práctica, entender que no es inocente nuestro modo de conocer y de usar y hacer las herramientas con las que construimos nuestra cotidianidad abre también una posibilidad de operar sobre lo real.

Otros creen que, por ejemplo, la violencia de género que cada día toma un nuevo escenario (el subte, la calle, un dormitorio) es un error del cual es posible librarse. Creen que basta con poder hacer consciente ciertas cosas para, voluntariamente, dejar de ser tan violentos en nuestra cotidianidad. Suelen tratar de ganar espacios dentro de las instituciones para poder legislar de otro modo las formas en las que los cuerpos se codifican. Logran establecer como delito ciertas cosas que antes no lo eran, y que se dejen de criminalizar ciertas prácticas. Por ejemplo la ley nacional de violencia contra la mujer (LEY N° 26.485) que criminaliza algunas prácticas de violencia de género, o la ley de matrimonio igualitario, que hace que se dejen de criminalizar socialmente ciertas elecciones sexuales. Su función es importante. Nos alegra que haya gente que tiene tanta fe en las instituciones estatales como para dar ciertas peleas puntuales que hacen más habitable el mundo para muchas personas. Por ejemplo, para las lesbianas y homosexuales que no fueron aceptadas por su familia hasta que se aprobó la ley de matrimonio igualitario. Cabría ponerse a pensar qué quiere decir eso, pero no es posible decir inhabita-

ble para todos lo que es inhabitable para nosotros². Nosotros no tenemos esa fe estatal, pero tenemos otras.

También hay los que sienten que el primer paso es renunciar al poder en lugar de gestionar los *abusos* de poder. Abandonar el poder, desertar, traicionar los mecanismos que nos hacen garantes del ejercicio de una violencia que también nos constituye. Creen que es necesario renunciar al poder que la jerarquía de género habilita. No les parece que haya demasiada potencia en legislar *en contra* del *abuso* de poder. Ellos dicen que renunciar al poder es dejar de tomar decisiones por ellas, de ejercer la violencia sutil o directa, evitar la reproducción de situaciones domésticas desiguales que hacen que tengamos tiempo para jugar, pensar y divertirnos mientras ellas se encargan de, por ejemplo, limpiar nuestra mugre (y no porque digamos que eso está bien, sino porque decimos cosas como *si es por mi no lavo nunca los platos* pero siempre tenemos una cocina ordenada, *si es por mi ando con el mismo pantalón por un mes*, pero nos cambiamos el pantalón cada tres días). Plantean que abandonar el poder es dejar de decidir por el otro, con mecanismos como el uso manipulatorio del silencio y la distancia como estrategia para lograr imponer lo que se quiere (o lo que se nos permitimos querer). Renunciar al poder no quiere decir *hay que dejar de ser todo lo macho que podemos ser* por solidaridad, sino que quiere decir: ya no queremos más sostener nuestra vida en roles inhabitables. Dicen también que renunciar al poder que es constitutivo del género masculino es también renunciar a lo que nos identifica como varones: renunciar a hacer aquello que nos *hace* hombres.

Otros, en cambio, sienten que lo primero es reconectarse con el cuerpo. Sienten y piensan que en el cuerpo se esconden todas las codificaciones de género y basan su agencia en el trabajo corporal. Dicen sin decir que todo acto de la enunciación es una orden, una consigna. Y esas consignas se van marcando en el cuerpo limitando ciertos movimientos y prefijando otros. Creen que en el cuerpo hay muchas claves, capas de signos solidificadas que permiten y obturan determinadas circulaciones. Piensan que no es posible pensar de otro modo si antes no se pone el cuerpo en otro lugar.

2. Al respecto, Judith Butler en *Deshacer el género*, tiene un apartado llamado “Matrimonio gay: desear el deseo del Estado y el eclipse de la sexualidad”, en el que trabaja sobre los límites de las políticas estatales en la habitabilidad del género.

Otros creen que lo importante no es encontrar la verdad, sino que lo que importa es construir un relato que habilite una potencia transformadora. Creen que las cosas no son como son, sino como se dice que son, que no hay una realidad a la que ser fieles sino una forma de construir la realidad mediante relatos. No es que no crean que no haya nada por fuera de las palabras, sí que creen, y muy firmemente, en un cuerpo. Pero ese cuerpo no es el cuerpo de varón o el cuerpo de mujer, sino una especie de máquina que luego el lenguaje ordena (en el sentido de acomodar y en el sentido de dar una orden) como varón o como mujer. Creen que más atrás de decirse varón o mujer, de decirse que sí o sí un varón tiene que estar con una mujer y una mujer con un varón hay cosas que pasan entre dos personas, cosas que circulan: ganas de compartir, afectos, deseos; ganas de estar cerca, de contacto físico, sexual genital, o de simples caricias y palabras, o todo eso junto. Creen que la agencia está en construir una narración distinta, que ayude a los flujos afectivos, a las circulaciones afectivas, una narración que habilite *ser* por fuera de los compartimentos estancos del género.

Nosotros somos un poco todos ellos, salvo que no creemos en la voluntad como eje de la acción política, ni en el estado, ni en la legislación. Intuímos que el estado y la racionalidad son parte de la sogá que nos ata a nuestra identidad de género, a nuestro lugar de trabajadores y de ciudadanos de un estado que nunca es inocente, que siempre es patriarcal. Creemos también que hay cierta agencia en elaborar una voz propia que no se articule desde la culpa, desde la victimización de la mujer, ni desde el apoyo. Una voz que no nazca de la solidaridad y que no le tema al destierro de los privilegios masculinos, a ser leída como una traición: somos traidores en la medida en que nos negamos a seguir traduciendo el cuerpo a la narrativa patriarcal, y emprendemos entonces un intento de éxodo.

Partimos de las preguntas porque no podemos partir de otro lugar. No sabemos bien qué es el poder, tampoco sabemos bien qué es el cuerpo, ni qué es el deseo, ni qué es la sexualidad. Creemos que el pensamiento feminista que puede prestarnos algunas herramientas para darle lugar a las preguntas, para profundizarlas y habitarlas como un espacio en donde abrirnos a nuevas potencias. Nosotros recién empezamos a entrever que necesitamos romper el encierro, y que para eso necesitamos su apoyo.

No el apoyo de la madre, ni el apoyo de la esposa: necesitamos apoyarnos en su experiencia política para poder decirnos de otro modo, para elaborar esa voz que nos diga de otro modo, que nos permita ir dejando de ser eso que nuestro género nos exige.

*-Te voy a demostrar que además de ser abogado soy hombre: te voy a reca-
gar a trompadas.*

-Yo pensaba invitarte a salir con unas chicas.³

Según el relato patriarcal, un hombre es hombre en cierta relación con la violencia, con la fuerza, en cierta forma de entender la sexualidad. También en cierta forma de mezclar las cosas, de no poder separar cierta forma de entender la sexualidad de cierta forma de entender la fuerza (puesta tan fuera de nuestro yo como la sexualidad), y en cierta forma de entender su propiedad legítima exclusiva del uso de la fuerza. Un hombre *es* fuerte, y puede usar esa fuerza según su voluntad, lo que hace que siempre pueda, de una forma u otra torcer un no hacia un sí. Un hombre es heterosexual por definición, por fuerza, y no por elección, por deseo, y debe todo el tiempo dar cuenta de cuán heterosexual es. Debe, además, tener ganas de coger siempre, no importa cómo nos sentimos o con quien: el macho siempre quiere ponerla y prefiere eso a cualquier otra forma de compartir. Un varón siempre tiene razón, al menos más razón que una mujer. Lo que hace un varón, las actividades masculinas, siempre son importantes, como mínimo más importantes que lo que hace una mujer, que las actividades femeninas. Un hombre no sabe limpiar, cocinar, criar un hijo, (y esas actividades son poco importantes) pero sabe arreglar las canillas y usar herramientas (cuando no hace como que sí y aprende indagando por su cuenta, y esas sí son actividades importantes). Un varón piensa, no puede hacer actividades femeninas, no puede tener actitudes femeninas. No importa que lo que se siente sea otra cosa, si entra en la categoría de lo femenino, hay que hacer el esfuerzo de dejarlo afuera.

¿Qué es lo que exige ser un hombre, un hombre de verdad? Reprimir sus emociones. Acallar su sensibilidad. Avergonzarse de su delicadeza, de

3. Fragmento de una conversación en un juzgado de provincia, entre un empleado administrativo y un abogado.

su vulnerabilidad. Abandonar la infancia brutal y definitivamente: los hombres-niños no están de moda. Estar angustiado por el tamaño de la polla. Saber hacer gozar sexualmente a una mujer sin que ella sepa o quiera indicarle cómo. No mostrar la debilidad. Amordazar la sensualidad. Vestirse con colores discretos, llevar siempre los mismos zapatos de patán, no jugar con el pelo, no llevar muchas joyas y nada de maquillaje. Tener que dar el primer paso, siempre. No tener ninguna cultura sexual para mejorar sus orgasmos. No saber pedir ayuda. Tener que ser valiente, incluso si no se tienen ganas. Valorar la fuerza sea cual sea su carácter. Mostrar la agresividad. Tener un acceso restringido a la paternidad. Tener éxito socialmente para poder pagarse las mejores mujeres. Tener miedo de su homosexualidad porque un hombre, uno de verdad, no debe ser penetrado. No jugar a las muñecas cuando se es pequeño, contentarse con los coches y las pistolas de plástico aunque sean feas. No cuidar demasiado su cuerpo. Someterse a la brutalidad de los otros hombres sin quejarse. Saber defenderse incluso si se es tierno. Privarse de su feminidad, del mismo modo que las mujeres se privan de su virilidad, no en función de las necesidades de una situación o de un carácter, sino en función de lo que exige el cuerpo colectivo.⁴

Ese relato nos resulta inhabitable. Ante eso, vemos más opción que la de desertar. Dejar atrás lo que nos es ajeno, lo que ya no queremos en nuestra vida: dejar de negar la sensibilidad, la delicadeza. Dejar de defender un estado de cosas que nos deja afuera de nuestro cuerpo y de nuestra vida. Dejar de subsumir el placer sexual a la dominación sexual o a la hiperfuncionalidad de un macho que *sabe* hacer gozar a una mujer. Desertar de los mecanismos del éxito, que es el resultado victorioso de la competencia con otros varones en un mundo de reglas masculinas. Dejar atrás, de una vez por todas, los mandatos que nos exigen negar lo que no podemos pensar, y empezar a acercarnos a la experiencia única de habitar un cuerpo sin hacer el vano esfuerzo de traducirlo, de negar todo lo que hay en él de intraductible.

Creemos en que hay relatos funcionando, estructurando. Sentimos hay un cuento que nos cuenta varones y mujeres, que es un relato diádico. Esto quiere decir que el ser varón se define en relación al ser mujer y viceversa, que se es parte de una comunidad que establece esa forma de

4. Virginie Despentes, *Teoría King Kong*, Melusina, España, 2007.

identificación como una de las formas más importantes. También es un relato heteronormativo, esto quiere decir que la relación entre el que es narrado como varón y la que es narrada como mujer es de deseo mutuo obligatorio: el único deseo válido es el deseo heterosexual, no siendo válido enamorarse de otra persona del mismo sexo. Más allá de qué desea cada cuerpo (si se siente o no atraído por alguien de su mismo sexo) la heterosexualidad obligatoria es una parte fundamental del relato, de un cuento que nos cuenta machos y nos dice que debemos amar una mujer para armar una familia o coger con una puta para satisfacer nuestros impulsos *naturales*.

*¿El amor de tu vida o la putita del barrio?
¿De qué forma nos construye el relato amoroso
y la sexualidad objetualizada?*

En *Deshacer el género*⁵, podemos ver que lo que define el género no es sólo quién lava los platos o quien va a trabajar, sino que desde el género se codifican una parte importante de lo que aparece como real y lo que no, lo que aparece como humano y lo que no.

“Cuando se pregunta cuáles son las condiciones de inteligibilidad mediante las cuales surge lo humano y se lo reconoce como tal, mediante las cuales algún sujeto se convierte en el sujeto del amor humano, se pregunta acerca de las condiciones de inteligibilidad que componen las normas, las prácticas, las condiciones que se han convertido en presuposiciones, y sin las cuales no podemos ni pensar sobre lo humano. Así que propongo debatir la relación entre los órdenes variables de inteligibilidad y la génesis y la posibilidad de conocer lo humano. Y no sólo porque hay leyes que rigen nuestra inteligibilidad, sino porque tenemos modos de conocimiento, modos de verdad que definen la inteligibilidad a la fuerza”⁶

Lo que es deseable y lo que no, lo que se permite o no se permite desear no es algo natural, dado biológicamente, sino algo construido. El género preformatea modos verdaderos, reales, inteligibles de traducir los deseos. Uno no es hombre de casualidad, uno es hombre adhiriendo a ciertas prácticas, a ciertas formas de desear, de reencausar su deseo en

5. Judith Butler, *Deshacer el Género*, Paidós, Barcelona, 2006.

6. Op. Cit.

ciertas formas específicas, en ciertos moldes precisos, socialmente fijados. Las formas prescriptas de encausar deseo hacen a un modo determinado de ser del cuerpo, que no es una mera eventualidad biológica. A nosotros nos parece potente ver críticamente las formas en las que el deseo sexual suele ser inteligible. Vemos que para para hacer inteligible el deseo del varón hay dos grandes modelos: el modelo de la madre o el modelo de la puta. Dos formas de encontrarse con un otro-objeto de un modo reglado y ordenado.

De un lado, aparece la traducción de nuestros deseos al modelo de la madre, que se basa en encontrar la mujer con la cual tener hijos y formar una familia. Una mujer pura y buena que depende de nosotros, económica, afectiva y ontológicamente (una mujer que *es* mujer *de*). Del otro lado, o en otro lado, aparece la traducción al modelo de la puta, que es lo que se permite y qué no en ese encuentro. Qué se pone en juego y de qué forma. Se da la inteligibilidad a la fuerza de un deseo que se traduce a una sexualidad ajenizada. Ir a un boliche, conseguir una chica con la que coger, tener sexo y desaparecer. Hay la traducción de un deseo que solo puede satisfacerse con la pura carne de un cuerpo leído en la clave del modelo de la puta.

Una frase de cliente me ha marcado, una frase repetida varias veces, por distintos hombres, después de sesiones muy diferentes unas de otras. Me decían, en un tono suave y algo triste, en todo caso resignado: «es a causa de hombres como yo que chicas como tú hacen lo que hacen». Era una manera de reasignarme a mi posición de chica perdida, probablemente porque yo no daba suficientemente la impresión de sufrir con lo que hacía. Era también una frase que venía a expresar lo doloroso que es el recinto del placer masculino: lo que a mí me gusta hacer contigo produce forzosamente infelicidad. A solas con su culpabilidad. Es necesario que se avergüencen de su propio deseo, incluso si encuentran satisfacción en un contexto que no causaría dolor, donde ambas partes podrían satisfacerse. El deseo de los hombres debe herir a las mujeres, ultrajarlas. Y, en consecuencia, debe culpabilizar a los hombres. De nuevo, no se trata de una fatalidad, sino de una construcción política. Actualmente, los hombres no dan la impresión de querer liberarse de este tipo de cadenas⁷.

7. Virginie Despentes, Op. Cit.

¿De dónde sale esa culpabilidad? ¿Qué es lo que aparece ahí que avergüenza tanto? Quizás podemos encontrar una clave en Seidler⁸. Él plantea que el yo se constituye en base a la racionalidad, y que todo aquello que es ajeno a la razón, que la voluntad no maneja, cae del lado de lo natural, de lo bárbaro. Así, los deseos sexuales que se ponen en juego en una relación con una prostituta son algo que marca la presencia de un mundo que está por fuera de la subjetividad occidental. Según plantea el autor, el cuerpo sólo aparece como telón de fondo para la verdadera identidad, que está del lado de la razón. Incluso el varón blanco heterosexual sólo obtiene realización en el mundo exterior, en el ámbito profesional en dónde todo se mide con la vara de las racionalidad, en donde las reglas de juego se estructuran con la lógica del *pienso, luego existo*. Los varones deben reducir su vida emocional a lo que es posible ser pensado desde la razón y lo que viene del lado del cuerpo, del lado de la sexualidad, es algo que amenaza, que vulnera.

Cuando gritamos: *te quiero romper toda*, estamos gritando que nos duele que esa atracción, que este deseo nos supere y quisiéramos que ella este muerta antes de que siga desbordándonos de esta forma. También le gritamos: *mamita, yo con vos me caso*. Y entonces decimos: sos tan linda que no quiero sólo churrasquearte, estamos diciendo: voy a transformar-te en la madre de mis hijos, quiero formar una familia con vos.

Lo que hay disponible para poner en juego el deseo es un abanico tan pequeño que no hay forma de que nos quite el calor: o es el amor de tu vida, o es la puta del barrio. Y esto aplica tanto si cobra como si lo hace gratis, no porque no haya diferencia sino porque así se reasigna en el universo simbólico. Tanto si ella coge con él porque le paga, o si lo hace porque *le cabe la pija*, lo que puede ser inteligible es un cuerpo-objeto en donde el varón va a depositar sus deseos sexuales, y con ellos el desprecio cargado sobre aquello que es ajeno a la razón, y también a la familia.

Hay algo inevitable, se puede ver en cada cuerpo, en cada serie de gestos, tarde o temprano, en cualquier pareja, en cualquier persona que se dedique al sexo como deporte, aparece el cansancio, cierta decepción, cierto desasosiego. Traducir el universo del deseo, con toda la multiplicidad que contiene, a alguna de esas dos formas, tiene un costo. Esa

8. Victor J. Seidler, *Los hombres heterosexuales y su vida emocional*.

reducción conlleva una serie de incomodidades, dejar afuera una cantidad de elementos irreductibles y una energía que siempre excede la forma. Claro, también aporta seguridad y confort. Sosteniendo alguna de las dos formas de traducción del deseo uno sabe a qué se atiene, qué es esperable y qué no, cuales son los acuerdos con el otro sobre los que se basa esa relación y cuales los espacios de uno mismo que no van a ponerse en juego. La traducción aporta incomodidad, pero también aporta seguridad, y depende del momento en el que un cuerpo se encuentra cuan incómoda o necesaria le resulta la traducción. La narrativa se va ajustando a los cambios que suceden en lo social, las traducciones posibles van adquiriendo otras dinámicas, reclamando más o menos cosas, aportando más o menos seguridades.

*obsesionada
con el Amor, nuestro tema:
lo hemos adherido como hiedra a nuestros muros
lo hemos cocido como pan en nuestros hornos
lo hemos llevado como plomo en nuestros tobillos
lo hemos observado con prismáticos como si
fuera un helicóptero
que trae comida a nuestra hambruna
o el satélite
de un poder hostil⁹*

-Mi primera vez, a diferencia de la de muchos varones, no fue con una puta, sino con una novia a los quince años. No sé bien por qué, pero nunca me permití asumir al otro como un objeto sexual con el cual coger simplemente. Un poco porque me parecía bien, otro poco sin darme cuenta, decidí dejar eso fuera de mi vida.

-¿Y qué hiciste?

-Si no había alguna clase de sentimiento amoroso no tenía sexo. Literalmente, no se me paraba. No por voluntad sino por algo directamente físico. Lo gracioso es que cada vez se me hacía más fácil enamorarme. No podía poner todo lo que sentía dentro de una relación de pareja, pero tampoco podía estar con personas por las solas ganas de tener sexo con esas personas.

9. Adrianne Rich, fragmento del poema traducciones.

Empecé a enamorarme en cuestión de minutos¹⁰. Tuve muchas novias. No es que tuviera muchas relaciones formales y serias, pero les decía novias incluso a las chicas que veía dos o tres veces. Una semana tuve como siete novias. Parecía un niño del jardín de infantes, que juega con la palabra sin saber qué significa.

Leemos esta estrategia de amor instantáneo como una forma de traducir el deseo a una forma socialmente aceptada, una forma de asumir la sexualidad de un modo que se ajuste a lo *real*. También vemos que esta persona producía una forma de vincularse que no entraba en el modelo de la madre ni en el modelo de la puta, pero que necesitaba ajustar la traducción de su deseo a alguna de esas dos formas para que sea inteligible. La multiplicidad de sensaciones se traduce aquí al relato heteropatriarcal, para poder seguir siendo actor de ese guión, pero en esa performance particular del relato hay toda una inauguración, toda una resistencia. El relato del amor aparece aquí más como una parodia que como una adhesión, una especie de burla a la figura de la *novia* y del *novio*. Sin la inocencia de un niño respecto de el término, jugar a tener siete novias en una semana es un poco hacer del relato del amor un relato burlesco más que un relato fundante. Por un lado vemos, entonces, que sigue operando la normativa, pero por el otro que hay mecanismos de resistencia en la forma en la que se pone en acto el relato.

*Amo los comienzos de tu piel
Destrozame, pero
no dejes que seamos el centro¹¹*

La estructura diádica reduce el universo sentimental al refugio de la pareja. Cuando una pareja conviene la monogamia hace un pacto al que suele referirse como *no estar con otros*, que a primera vista parece decir no tener relaciones sexuales con otros, en algún punto quiere también decir no compartirse con otros, no contar con otros, no estar con otros, no constituirse en otros. La pareja es el único lugar habilitado en el que volcar la larga serie de afectos, pasiones y sentires que permanentemente

10. Extraído de una entrevista inédita a un varón de 27 años.

11. Fragmento de “La parte central de un poema”, de Tom Shulz, traducción de Nicolás Gelormini, tomado del libro *Devolver el fuego*, Editorial Vox, Bahía Blanca, 2006.

la desbordan. Sólo con ese Otro podemos permitirnos tanta cercanía y tanta intimidad, los demás, el resto del mundo, el resto del universo social, es un apéndice de este pequeño mundo de dos. Así, vivimos en un sistema de islas desiertas: familias que se miran desconfiadas las unas a las otras, personas que solo tejen con el afuera relaciones de competencia o de asociaciones momentáneas y específicas. Abriendo el cuerpo a otras circulaciones, estamos también abriendonos la posibilidad de construir otros mundos, otros entramados de flujos, de intensidades, de complicidades, de amor y de cuidados que excedan los límites de la institucionalidad y tracen el mapa de un territorio poblado de presencias.

No hay nada puro: nunca una puta es solo una puta, ni un amor diádico es sólo un amor diádico. El relato es uno y las posibilidades de su puesta en acto son múltiples. Cabe detenerse unos momentos aquí para trabajar sobre el concepto de guión, tomado del texto de Sharon Marcus, *Cuerpos en lucha*, pues podemos encontrar allí algunas claves. En el texto desarrolla el concepto de guión de la violación para trabajar no en el juicio y castigo de los violadores, sino en la prevención por medio del empoderamiento de las mujeres que en el relato genérico no pueden ser sino una víctima.

Otra forma de negarnos a reconocer la violación como un hecho insoslayable de nuestras vidas es tratarlo como un factor lingüístico: preguntarse cómo la violencia de la violación está apoyada por los relatos, obsesiones e instituciones cuyo poderío deriva no de una fuerza directa, inmutable e invencible sino de su poder para estructurar nuestras vidas como guiones culturales que se nos imponen. Comprender la violación de esta manera es comprenderla en su posibilidad de cambio.

(...)

A pesar de lo terriblemente reales que estas sensaciones físicas nos pudieran parece, nos lo parecen así debido a que el lenguaje de la violación habla a través de nosotras, congelando nuestro sentimiento de fuerza y afectando las percepciones del potencial violador sobre nuestra falta de fuerza. Los violadores no predominan simplemente porque como hombres sean real, biológica e inevitablemente más fuertes que las mujeres. Un violador sigue un guión social y representa estructuras convencionales, genéricas, de sentimiento y acción que buscan envolver a la mujer blanco de la violación en un diálogo que está sesgado en contra de ella. La habilidad de un violador para acosar

verbalmente a una mujer, para exigir su atención, e incluso para atacarla físicamente depende más de cómo se posiciona a sí mismo socialmente en relación con ella que de se supuesta fuerza física superior. Su creencia en que tiene más fuerza que el hecho putativo de esa fuerza, porque la creencia a menudo produce como efecto el poder masculino que pareciera ser causa de la violación.

Estoy definiendo la violación como una interacción guionada (scripted) que se lleva a cabo en el lenguaje y que puede entenderse en términos de masculinidad y femineidad convencionales, así como de otras desigualdades de género inscritas desde antes de un acontecimiento individual de violación. La palabra "guión" debe tomarse como una metáfora con diversos significados. Hablar sobre un guión de la violación implica un relato de la violación, una serie de pasos y señales cuyos momentos iniciales típicos podemos aprender a reconocer y cuyo resultado final podemos aprender a impedir. El concepto de relato evita los problemas del continuum colapsado, en el cual la violación se convierte en el inevitable comienzo mitad y final de cualquier interacción. El elemento narrativo de guión deja lugar y abre espacio para la revisión.

Estamos acostumbradas a pensar en el lenguaje como una herramienta que nace con nosotras y a la cual podemos manipular, pero tanto las teorías feministas como posestructuralistas han discutido persuasivamente que sólo llegamos a existir a través de nuestra irrupción en un lenguaje preexistente, en un conjunto social establecido de significados que nos inscriben en un guión, pero no determina nuestro ser de manera exhaustiva. En este sentido, el término "guión de la violación" también sugiere que las estructuras sociales inscriben en los cuerpos y psiques de hombres y mujeres las desigualdades misóginas que permiten que ocurra la violación. No es simplemente que estas desigualdades generalizadas estén prescritas por un lenguaje opresivo totalizador, ni que estén totalmente inscritas antes de que ocurra la violación: la violación misma es una de las técnicas específicas que continuamente "guioniza" estas desigualdades una y otra vez. El patriarcado no existe como una entidad monolítica separada de los actores y las actrices humanas, impermeable a cualquier intento para cambiarlo, seguro en su papel de inamovible primera causa de fenómenos misóginos como la violación; más bien, el patriarcado adquiere su consistencia de concepto descriptivo totalizador mediante la agregación de microestrategias de opresión tales como la violación. El poder masculino y la indefensión femenina ni preceden ni causan la violación; más bien, la violación es uno de los diversos modos que tiene la

cultura para femeneizar a las mujeres. Un violador escoge a su blanco porque reconoce que se trata de una mujer, pero un violador también busca imprimir la identidad de género de “víctima femenina” en su blanco. Un acto violatorio, entonces, impone a la vez que presupone desigualdades misóginas; la violación no sólo está guionizada, también guioniza.

Nos extendemos tanto en la cita porque encontramos ahí muchas cosas interesantes. La forma en la que una individuo llega al lenguaje y cómo este le es constitutivo habla de cómo las relaciones de poder no son algo que esté ahí afuera, sino que éstas nos constituyen. No habría así la posibilidad de renunciar al poder, pues no hay modo de que él esté en un lugar y nosotros podamos estar en otro, pero de algún modo la idea de la deserción implicada en esa idea de renunciar al poder está sostenida en la posibilidad de dejar de involucrar nuestro cuerpo en el proceso de guionación, evitando sostener en nuestra vida cotidiana ese relato según el cuál la mujer tiene, por definición, menos fuerza que nosotros.

Este concepto, esta nueva forma de entender lo que antes se entendía como un acontecimiento horrorosamente inevitable, permite una agencia, una potencia de acción en donde antes sólo había un abandonarse a las leyes y los juzgados. Abre, a la mujer, la posibilidad de inhibir la puesta en acto del guión que le confiere poder al violador para poder resistirse a ser una víctima; y abre también al varón no-violador la posibilidad de entender que eso que tanto le espanta de la violación, es también reflejo de un modo de sostener su lugar de masculinidad, de constituirse varón, de relatarse fuerte respecto de una mujer débil, importante respecto de una mujer sin importancia.

También nos parece muy importante la forma en la que describe el patriarcado no como algo ya dado, sino como algo que requiere la agregación de *microestrategias* mediante las cuales el patriarcado se reactualiza permanentemente, abriendo la posibilidad de interrumpir en nuestros cuerpos esa puesta en acto de la microestrategia. Dejar de ver el patriarcado como una cosa dada, abre la posibilidad de efectuar la deserción, de dejar de efectuar, de efectivizar en nuestra vida esas microestrategias que sostienen el relato patriarcal.

*Si esto fuera un mapa,
sería el mapa de su última etapa vital,
no un mapa de posibilidades sino un mapa de las variaciones
de una única gran opción. Sería el mapa que le permitiría ver
el fin de las opciones turísticas,
de las distancias que el romance vuelve azul, lila,
gracias al cual entender que la poesía
no es una revolución sino un modo de saber
por qué la revolución es necesaria*

Bien cierto es que, a estas alturas de la descomposición del universo social que creo las narraciones del amor, de la pareja, de la familia, del varón y de la mujer, resulta cada vez más esforzoso aceptar esos roles como propios, pues cada vez que se delinea una relación ajustada a las traducciones vigentes, el cuerpo siente que hay algo fuerte que está quedando afuera, y no sólo eso, sino que, en virtud de esa descomposición de aquello que le dio sustento, la narrativa va perdiendo su capacidad de brindar certezas y seguridades. Por un lado, va sucediendo cada vez más que, a través de años de lucha, diferentes formas de vida van ganando habitabilidad, inteligibilidad (las leyes de matrimonio igualitario, de identidad de género, de violencia contra la mujer no son sino el resultado de largos procesos en los que la disputa incluye lo que se entiende como real y como humano). Por otro lado hay un largoo proceso en el que legislaciones como la ley de divorcios, la pérdida de poder de la iglesia y la larga pelea del feminismo, hicieron, entre otras cosas, que la familia vaya perdiendo funcionalidad, realidad. Cada vez más niños son felices teniendo dos casas, dos series de juguetes, dos mundos. Cada vez es más difícil creer en el amor que dura para siempre, en el *hasta que la muerte nos separe*, en la familia como el único lugar de llegada posible para nuestras vidas, en la maternidad como en la única vía de realización, en la paternidad como la obligación de mantener un hogar mediante un trabajo asalariado. La narración establece un guión del que es cada vez más imposible su puesta en acto, su bajada a la realidad cotidiana, y sólo se llega a sostenerlo con un gran esfuerzo. Ese esfuerzo puesto en ajustarse a lo inteligible se hace cada vez más con la esperanza ciega del que cree aún en lo que ya no puede creer desde que he nacido, por fuerza de una

descomposición sobre la que nada puede hacer más que llorar o aceptarla con alegría, pues en ella se encuentra el germen de su propia libertad.

*Aquellos que dicen que otro mundo es posible y no acreditan otra educación sentimental que la de las novelas y las comedias románticas, merecen que se les escupa en la cara.
Tiquun, Y la guerra apenas ha comenzado.*

¿Cómo podríamos habitar nuestra sexualidad si no nos interesa ni ser churrasco ni churrasquear, pero tampoco firmamos contrato con el amor? Lo que no nos interesa es el ejercicio de la violencia, el ejercicio del poder que se requiere para subyugar al otro, el poder que reduce al otro a un objetualidad. No nos interesa ser objeto de ese poder en su ejercicio, constituir nuestra subjetividad en ese poder. No tenemos ganas de coger *siempre*, preferimos el encuentro y lo que suceda en ese encuentro. No somos fuertes, usamos nuestra fuerza. No construimos nuestro yo en base a la razón, pensamos a través de nuestros cuerpos con la intención de destruir los lazos que nos atan a una ajenidad en la que nos es imposible habitar nuestra sexualidad, del mismo modo que nos es imposible habitar un lugar de trabajadores, de consumidores, de espectadores, de ciudadanos. No problematizamos nuestro género porque nos interese estar más cómodos dentro de este entramado de relaciones sin barajar y dar de nuevo, sino porque nos parece que es una de las formas activas de, de una vez por todas, barajar y dar de nuevo.

En efecto, hoy día forma parte del sentido común que el machismo y el estereotipo de “hombre” están en crisis. Los cambios económicos, políticos, sociales y culturales -donde destaca la creciente incorporación de las mujeres- hacen urgente comprender las prácticas masculinas en las relaciones de género y proveerlas de modelos alternativos. Asimismo, las relaciones intragénero. De allí el desarrollo de modelos terapéuticos y de grupos de hombres en busca de una nueva masculinidad¹².

Nos cuesta pensar en el sentido común, pero compartimos que hay una situación de crisis. No creemos que la inclusión de la mujer en el universo social sea una causa destacada de esta crisis, sino que nos pa-

12. *Masculinidades, poder y crisis*. Introducción de Teresa Valdés y José Olavarría.

rece que es uno de los modos en los que esta nueva situación va redireccionando nuestros modos de habitar las identidades genéricas. No queremos trabajar una terapéutica de nuestra masculinidad herida, ni proveernos de modelos alternativos, ni buscar una nueva masculinidad mejor adaptada a la nueva situación.

Vemos por todas partes los signos de la destrucción del viejo modelo de familia, del viejo modelo productivo, y no podemos negar que una parte de nuestras preguntas nacen de esa disgregación. No hay cabida ya para el varón que sostiene el hogar económicamente. Ya no hay nada que nos requiera tanta dureza emocional. En el tiempo de la guerra civil indefinida, que todo lo alcanza sin que nada ni nadie cristalice como enemigo, la masculinidad deambula entre las ruinas tratando de ganarse una existencia sin los elementos que la crearon tal y como la conocemos, como nos la han enseñado nuestros padres, nuestros abuelos. Es un fantasma que nos atemoriza pero no nos constituye, más que a través del temor a no tener nada con lo que constituimos.

Lloras por lo que has perdido. Lo hemos perdido todo, en efecto. Pero mira a nuestro alrededor, hemos ganado hermanos, hemos ganado hermanas, tantos hermanos y tantas hermanas. Ahora, sólo esta nostalgia nos separa, y eso es algo inédito.

Las revistas de moda intentan reajustar los modelos de femeneidad y masculinidad a los nuevos tiempos. La izquierda se contenta mirando con aprobación las reuniones de género entre sus compañeras, poniendo arrobos en donde todo un discurso estructura una o, o lavando las culpas derivadas de su uso cotidiano de la violencia de género cediendo algún que otro puesto jerárquico, ante la creciente amenaza de que toda la jerarquía les sea arrebatada. Nosotros intentamos habitar estas ruinas como aquello que posibilita articular una existencia, un modo de vida que no nos resulte opresivo. No luchamos para recomodar la que había a los nuevos tiempos, a fuerza de buena voluntad y eufemismos, sino que intentamos vincularnos para dejar de traducir el mundo en un código que nos deja afuera de nuestras experiencias. No queremos revitalizar el modelo masculino que comparte la ruina con el modelo civilizatorio. Problematicamos nuestro género como una forma más de liberar nuestro cuerpo de una realidad que no nos dice, que nos es ajena. Nuestras

preguntas tienen detrás la intención de dar un paso hacia afuera de este barco, que no vemos más opción que la de abandonarlo.

No estamos diciendo que nuestro cuerpo esté ya ahí, en ese otro lugar en el que nada de esto nos constituye. Habitamos contradicciones. Por un lado algo nos empuja hacia afuera y por otro lado algo empuja por traducir nuestros sentimientos al relato. Por un lado sentimos que no hay nada que pueda ser habitable en las relaciones diádicas, y por el otro se nos aparecen las ganas de construir una relación profunda y sincera con una persona, incluso las ganas de tener hijos con esa persona y se hace difícil encontrar otras formas (no abordamos ahora qué elementos vemos posibilitando o delineando nuevas paternidades con la potencia transformadora que pueden tener, ni en qué otras formas se establecen sustituyendo la triangulación implicada en la familia). Insistimos en la necesidad de dejar de constituirnos con el relato de la masculinidad, pero a la vez sentimos la necesidad de entrar en su regazo por el miedo que da la intemperie. Habitamos contradicciones y nos preguntamos, desde esas contradicciones, por nuestra agencia. ¿Qué podemos hacer? ¿Cómo podemos hacerlo?

Una veta, una forma que encontramos de hacer, es la de aprovecharnos conscientemente de la no referencialidad del lenguaje, de que el lenguaje no refiere a una realidad que está ahí detrás sino que construye lo real. En esa construcción vemos cierta potencia, y un poco de eso se trata este texto: empezar a decir también es una forma de empezar a hacer otros modos posibles de encuentros y desencuentros, del olvidos y de recuerdos. Del mismo modo que un juramento se hace en el mero ser dicho, de que un veredicto transforma un acusado en un condenado, creemos que es posible construir discursos que puedan hacer nacer nuevas formas de realidad. Sentimos que está este hacer instantáneo del lenguaje, que enuncia y hace, pero también sentimos que hay procesos que tienen otra relación con el cuerpo y con el tiempo. Que uno no puede simplemente decirse en otro lugar por más que esa enunciación esté construyendo ese otro lugar, sino que hace falta un tránsito físico, que abra el cuerpo a otros contactos, a otras circulaciones. Es más bien, entonces, en esa mezcla, en esas dos cosas interactuando, en donde podemos encontrar algo de lo que nuestra agencia específica tiene, todo un mecanismo de agenciamiento que se nutre de la enunciación y de los movimientos del

cuerpo. Construir otro relato al mismo tiempo que se va armando otros modos de habitar el cuerpo, de ser cuerpo. Y entre tanto también abandonar determinados lugares, establecer nuevos territorios, expandir el mapa de intensidades, de flujos.

-¿Cómo fue que empezaste a tener múltiples orgasmos?

-Mis primeros acercamientos a la multiorgasmicidad fueron con una ex. Hacía poco nos habíamos separado y habíamos quedado bastante bien. Llegamos a la conclusión de que nos estábamos exigiendo demasiado porque creíamos que el otro era lo más importante en nuestras vidas, pero a la vez eso nos parecía un bolazo. No creíamos que el resto del mundo no importara y solo importara nuestra historia, pero de algún modo actuábamos como si lo creyéramos. Sabíamos que cada uno de nosotros tenía todo un mundo y que un poco nos gustaba ese encuentro, pero de algún modo nos pasaba que jugábamos al juego de la isleta, y ya no queríamos eso, era muy solitario en definitiva. Yo soy bastante insoportable como novio. Pesado, controlador, muy molesto, pero en el resto de mis relaciones no soy así, tengo una estima muy grande por la libertad y el deseo en los encuentros, pero hay algo de miedo, un miedo muy grande me hace no poder dejar a mi novia en paz un segundo, soy un psicópata total. Algo de eso lo pensamos juntos. Una noche de charla terminamos desnudándonos, acostándonos juntos y esa fue la primera vez en la que tuve más de un orgasmo. Ella siempre había tenido muchos orgasmos, y yo disfrutaba mucho de eso. En algún punto había algo de ego, como que sentía que yo era el causante de tanto placer; pero esa noche sentí que nuestro placer venía de otro lado, ni de mí ni de ella. Ya había tenido antes orgasmos sin eyacular, pero cuando me pasaba entendía que algo no había pasado pero y dejaba de coger. Esa vez entendí algo, con el cuerpo, no sé si era cierta forma de respirar o qué, sigo sin saber bien cómo es que pasa, pero algo en mi cuerpo aprendió a tener orgasmos sin relación con la eyaculación. Hasta entonces, siempre había entendido que no eyaculaba, pero que había acabado, entonces dejaba de coger. Esa vez seguí, y tuve varios orgasmos más. Esos orgasmos no son exactamente lo mismo que eyacular, hay una serie de sensaciones al acabar que son directamente fisiológicas me parece, algo de que te está saliendo algo caliente a través de un tubito en el pene aporta una serie de sensaciones increíbles. Diría que esos orgasmos, que no son siempre iguales pero que siempre son muy intensos, se parecen a todas las otras sensaciones que uno tiene al acabar, salvo las de que esté saliendo semen. Después me pasó que tuve esos orgasmos sin ni siquiera penetrar a una chica, me pasó te-

niendo sexo oral, o sea, chupando yo, digamos. Y también fue muy diferente, pero muy hermoso.

-Que bueno, suena muy bien. Me encantaría que me pase. (Risas)

-Es un poco difícil también, uno se siente una especie de bestia gozosa. Yo hago yoga, y me empezó a pasar que en mis clases de yoga ciertos movimientos me daban un placer sexual que me avergonzaba un poco. Movimientos o masajes en el ciático por ejemplo, que me generan mucho placer. Me siento muy expuesto también. No sé, es una crudeza ingobernable. Pero a la vez es lo mejor del mundo, y no tengo muchas más opciones que dejar que me pase eso. Eso de bestia gozosa viene de una canción que una amiga le cantaba a su perra, jugando. Decía: "la bestia gozosa no puede defenderse porque goza". Esa es la sensación, hay una bestialidad en ese placer que me hace difícil defenderme. A partir de eso me cuesta cada vez más sentirme sólido, cada vez estoy más diluido. Es hermoso también, pero asusta. Hay una hostilidad del mundo que es medio difícil de enfrentar así de desarmado. Aunque también no, porque eso de algún modo te hermana con el mundo así como está, pero es difícil.¹³

La lectura de la agencia, de la potencia del doble agenciamiento que hay en inaugurar relatos a la vez que abrirse a nuevos planos materiales, se puede usar para leer este testimonio. Por un lado hay un movimiento en el cuerpo, una serie de experimentaciones físicas que van creando nuevas posibilidades (eso que aparece como acabar sin eyacular), también hay un nuevo relato se va armando, una nueva forma de compartir la sexualidad aparece en el relato que arman entre los dos que eran pareja y dejan de serlo para dejar de ser dos individuos aislados que comparten regladamente una forma de corporalidad. Ese nuevo relato, esa intención de abandonar el relato normativo, abre la posibilidad de enunciar de otro modo lo que pasa en el cuerpo, lo que antes era acabar sin eyacular, ahora es un orgasmo entre múltiples orgasmos, multiples cuantitativamente, pero también cualitativamente. Aquí también aparece el agenciamiento: poner en conexión términos heterogéneos, múltiples, habilita crear asociaciones nuevas, no filiaiones sino alianzas (abandonar la idea de pareja en pos de habilitar un encuentro de cuerpos que en su aleación se dan placer mutuo), y estas asociaciones, estas nuevas conexiones habilitan que aparezca un territorio hasta ahora desconoci-

13. Varón, 29 años.

do: el de la sexualidad masculina, el del placer masculino que excede al falo (aunque el falo sea parte del escenario, deja de ser el centro de la escena). La nueva narración habilita que se comparta un proceso de un cuerpo que excede los límites de la sexualidad masculina, por ejemplo el límite que plantea la exigencia de hacer gozar a la mujer se vio completamente excedido, y el deseo *parecía venir de otro lado*. Ese exceso descompone el territorio que el cuerpo tenía disponible para moverse e inaugura una línea de fuga que a su vez crea un nuevo territorio: el del placer multiorgásmico masculino. También aparece en el relato de este varón cierta dificultad para habitar este nuevo placer que el denomina *bestial*. Aquí la norma sigue operando a pesar del movimiento, el relato sigue de algún modo vigente marcando la sexualidad como bestial, pero la puesta en acto del relato en ese cuerpo se da un modo completamente novedoso, inaugurando un territorio y un relato completamente nuevos. En esta idea de no poder defenderse por el placer, vemos también el punto en el que la sexualidad masculina es una amenaza. El relato de la masculinidad supone un mundo que requiere nuestra fortaleza para poder interactuar, pues ahí todo afuera es amenazante. Si la sexualidad amenaza a este yo racional con el que nos defendemos es entonces una amenaza a nuestra propia integridad, en un sentido físico (pues ya no podríamos defendernos de las agresiones, de la violencia constitutiva de la masculinidad) y en un sentido ontológico (el yo deja de constituirse en la represión de la sexualidad pero no pasa a constituirse en otra cosa, entonces aparece la figura de la dilución). Si leemos este cuerpo como mapa, podemos ver que se abre una multiplicidad de superficies de contacto (el contacto de la boca con los labios vaginales y el clítoris generan nuevas intensidades, nuevos territorios de exploración; así como el contacto con alguna parte del propio cuerpo, movimientos internos del propio cuerpo), este cuerpo es el mapa de un territorio opaco, en donde las cosas cristalizadas a veces obstruyen, a veces potencian la multiplicidad. Hay zonas de contacto con la norma y zonas de construcción de otra normalidad que coexisten y a veces se superponen. En ese mapa (en ese cuerpo) aparece también el compromiso del agenciamiento, en el sentido del abandono a un proceso (compromiso de una identidad que se diluye en ese proceso) y en el sentido en el que compromete los límites mismos de la humanidad de quién es arrastrado por ese viento. Lo que

el agenciamiento compromete es la propia subjetividad, descentrándola para abrirla como superficie de contacto.

Las personas a las que se dedican nuestros amores, comprendidas las personas parentales, no interviene más que como puntos de conexión, de disyunción, de conjunción de flujos cuyo tenor libidinal de catexis propiamente inconciente traducen. Desde este momento, por fundado que esté el bloqueo amoroso, cambia singularmente de función según que empeñe al deseo en los atolladeros edipicos de la pareja y de la familia al servicio de las máquinas represivas o que condense, al contrario, una energía libre capaz de alimentar una máquina revolucionaria. (...) Mas siempre hacemos el amor con mundos. Y nuestro amor se dirige a esta propiedad libidinal del ser amado, de abrirse o cerrarse a mundos más vastos¹⁴.

Una pija, cualquier pija es siempre una miniatura

La sexualidad masculina aparece sumamente centrada en la genitalidad. Lo que está por fuera de lo genital tiende a reprimirse o a traducirse a genitalidad. Según la narración patriarcal, el encuentro sexual tiene su horizonte en la penetración, y todo lo que sucede previa y posteriormente es una mera excusa, lo que hay que hacer para lograr el objetivo de fálico de la penetración. Cualquier encuentro con una mujer debe conducir al coito, o de otro modo la masculinidad se ve cuestionada. El hombre tiene que poder hacer uso de esa mujer para su placer, a la vez que tiene que poder hacer gozar a esa mujer con el poder de su falo.

Es interesante tratar de plantearse la necesidad de experimentar otra sexualidad posible, que se salga del relato, y al mismo tiempo reconocer que es probable que habitar el relato implica resistencia. Intentar otra forma de encontrarse sexualmente con un otra, implica una relación de cercanía con el propio cuerpo, abandonando la externidad a la que lleva el relato del yo centrado en la razón. Desde ese estar en el cuerpo, aparece el encuentro con la otra como un lugar de experimentación posible, como un lugar de conexión con el propio placer y con el placer del otra, no como algo que hay que saber manejar, sino como algo a lo que abandonarse.

Si Mi deseo sexual está afuera de Mi, no es parte de Mi Yo, sino que nace de una naturaleza que amenaza con destruirme, no hay posibilidad

14. Deleuze y Guatari, Antiedipo.

de encuentro sino la fatalidad de saciar ese deseo animal con cualquiera que esté dispuestao a jugar el juego. Pero si en cambio asumimos nuestro deseo como parte constitutiva de nuestra vida, empieza a ser posible el encuentro, y en el encuentro la experimentación y también cierta agencia, en el sentido de cierta capacidad de crear nuevas conexiones entre elementos que hasta ahora aparecían dispersos. Mi placer y el placer del Otro atravezados por El Falo cede su espacio a los infinitos poros por donde la otro nos está penetrando y dejandonos entrar, a la multiplicidad de estímulos que nos abren al placer.

Existe la posibilidad de descentrar el tacto, de dejar de centrarlo en las zonas erogenas y empezar a ampliar las superficies de contacto, las superficies de placer a todo un cuerpo con capacidades táctiles, dejar de centralizar la sencibilidad táctil en los espacios hiper codificados del cuerpo (el glande, el clítoris, los labios, las manos) para abrirse a un contacto sexual que exceda la genitalidad multiplicando las superficies de placer, y con ellas las situaciones de placer (un movimiento de los isquinoes, de la pierna, un roce en el brazo, en las mejillas)

¿Cómo vivir una vida sexual activa, abierta a la experimentación, a la sensibilidad, a la confianza? ¿Cómo encontrarse con el deseo del otro, de la otra, de las otros y no con lo que el relato patriarcal ordena ser a los cuerpos? ¿Cómo dejar de pensar el amor de a dos o cómo hacer que no se termine en esos dos, sino que permee el mundo? ¿Cómo hacer para siempre estar haciendo el amor con mundos?

No hablamos de orgía, quizás hablamos constelaciones amoratorias, de que el otro no sea el centro sino uno una entre una serie de notas en una melodía entre muchas. Quizás hablamos también de díadas abiertas, que posibiliten la presencia en lugar de forzar la sumisión. Pero quizás nos agarramos de estas palabras porque no queremos lo viejo pero tampoco estamos ya en lo nuevo y no tenemos cómo decirnos.

Si las relaciones son fundamentalmente diádicas, yo permanezco en el centro del deseo del Otro, y el narcisismo queda, por definición, satisfecho. Pero si el deseo funciona a través de relevos cuya huella no es siempre fácil de trazar, entonces quien yo sea para el Otro, por definición, correrá el riesgo del desplazamiento. ¿Se puede encontrar al Otro a quien amar aparte de todos los Otros que han habitado alguna vez en el lugar de ese Otro? ¿Se puede liberar al Otro, por así decirlo, de la historia de la con-

densación psíquica y del desplazamiento o, incluso, del precipitado de las relaciones objeto abandonadas que forman el ego mismo? ¿O es parte de lo que implica «reconocer» al Otro reconocer que él o ella llega, por necesidad, con una historia que no tiene a uno mismo como su centro? ¿No es esto parte de la humildad necesaria en todo reconocimiento y también parte del reconocimiento que conlleva el amor?»¹⁵

El otro nunca es un ser recién llegado a la vida, como la narración romántica se empeña en hacernos creer. ¿Cómo sería posible construir un mundo de dos cuando esos dos son apenas intersecciones de miles de flujos que los exceden a la vez que los constituyen? No hay, en el imaginario romántico, más que un sórdido empeño por reconducir el deseo a formas institucionalizadas del amor que dejan fuera todo lo que el amor tiene de potencia.

Y del mismo modo que vemos la necesidad de habilitar un mundo de experimentación, sensibilidad y encuentro con el propio cuerpo más allá (o más acá) de las representaciones con las que carga, y que entendemos que hay ahí toda una indagación por fuera de las instituciones amorosas, también entendemos que los vínculos duales, que las relaciones de pareja pueden habilitar toda una indagación, que no hay un sólo modo de construir esos vínculos, que tanto puede haber de experimentación fuera de las construcciones de pareja como dentro de ellas, que es posible habilitar otras circulaciones amorosas con el mundo en el marco de una relación diádica. No hay fórmulas ni garantías. Podría evitarse la pareja para caer una y otra vez en el mismo agujero negro del que se cree salvarse evitando la institucionalización del amor. Está la experimentación. Eso podría querer decir, por ejemplo, hacer el esfuerzo de compartir lo que vamos creando, encontrando. *Compartir lo que tengamos ganas de compartir con quién tengamos ganas de compartirlo.* Pero también podría querer decir otras cosas que ni siquiera se nos ocurren. Es cierto que es necesario ser prudentes, no abandonar todo de un golpe, de una vez y para siempre, si no ir trazando nuevas líneas sobre las que avanzar, y avanzar con otros, despacio. Hay una parte del camino que es solitaria, pero no se construye una nueva forma realidad sino a través de la vinculación, de la circulación de afectos, de la puesta en potencia de gestos

15. Judith Butler, Op. Cit.

que en cierto contexto pueden cuestionar un mundo y en otro sólo reafirmarlo por negación o miedo.

*Devenir uno mismo imperceptible, haber deshecho el amor para devenir capaz de amar*¹⁶.

¿Qué pasa con las formas que no tienen cabida en el imaginario? ¿Como se hacen reales las otras formas de asumir el deseo sexual? ¿Qué pasa con las mujeres cuando no son mamás ni putas, sino que cogen porque tienen ganas, con quién tienen ganas? ¿Que hay de los hombres que no quieren saber nada con los culos y las tetas, con *tener* que ponerla siempre, pero que también se niegan a meter todas sus emociones dentro de las instituciones habilitadas?

*¿Y qué pasa cuando empiezo a convertirme en alguien para el que no hay espacio dentro de un régimen de verdad dado?*¹⁷

¿Cómo encontrarse con un otro deseante? ¿Cómo permitirse el riesgo de destrucción¹⁸ que implica ver a una mujer como alguien que desea, que ama, que gusta de la penetración y de las caricias, de que le toquen las tetas y que le recorran los lunares con los labios, que la cuiden y cuidarnos sin entender por eso que uno es padre o macho, que protege siempre o que la pone siempre? Si la mujer es una mujer deseante y no un objeto, entonces uno tampoco es un objeto, o un patriarca poseedor de objetos, sino un otro deseante, otra fluidez que se mueve guiado por lo que la situación coreográfica que se arma con los otras le hace sentir (en el miembro o en el corazón). Una persona que no se constituye diádicamente con un otro-objeto, sino relacionalmente con un mundo que se arma a su alrededor al tiempo que ese alrededor lo arma, lo consituye.

Habituados a la secuencia narrativa y a la centralidad de la argumentación, la multiplicidad resulta difícil de afrontar. ¿Cómo abrirse a todos los flujos cuando el entramado institucional del imperio nos enseña a cerrarnos, a centralizarnos en un ego despótico, a no dejarnos ir, a

16. Deleuze y Guattari, Mil mesetas.

17. Ibid.

18. Usamos aquí la palabra destrucción en relación con la dialéctica hegeliana. La destrucción es un riesgo implicado en la dialéctica del reconocimiento del sujeto. También la usamos en el sentido literal: la destrucción de una forma de articular la subjetividad patriarcal y la cantidad de refugios que brinda.

controlarnos? Las condiciones de esa multiplicidad, entonces, no atañen sólo al modo de organización de los textos, sino que afectan la propia producción del sujeto. Un sujeto -o, mejor, un "punto de subjetivación"- que no ha de medirse por el control localizado que ejerce sobre sus deseos, sino valorizarse por la intensificación de las conjunciones y encuentros de que sea capaz. "Sujeto" sin centro; "ya no hay sujetos, sólo individuaciones dinámicas sin sujeto que constituyen los agenciamientos colectivos", dice Deleuze: composiciones de fuerza, afectos no subjetivados, individuaciones instantáneas: esa tarde... un clima..., ha de caracterizarse menos por una interioridad llena de culpa y complejos y más por una exterioridad abierta a las superficies de contacto, a los márgenes.

Cabe quedarse en la pregunta, instalarse ahí *con el fin de inaugurar una narrativa que interroge los límites concebibles de lo humano*¹⁹. Abrirse a la experimentación. También es necesario saber que en la experimentación uno se enfrenta con muchos peligros²⁰. Está el peligro del miedo, de llegar a lugares que nos atemorizan sin dejarnos lugar al disfrute puede llevar a querer volver atrás, reafirmando las estructuras que se buscaba abandonar. Está el peligro de la claridad, de creer que uno ha visto la forma en la que *verdaderamente* las cosas son, y empezar desde ahí a interpretarlo todo, a crear una nueva legislación con esa nueva verdad como principio, un nuevo deber ser, más flexible pero cargado de las mismas cosas que aquello que se buscaba abandonar. También está el peligro del poder, el poder de que se nos trabe, trabar o trabarnos trabando movimientos de indagación en el propio cuerpo o en el cuerpo del otro; es el peligro de no podernos permitir lo que se escapa a nuestro control y hacer que esa impotencia se transforme en legislación. Y está el peligro más grande, el peligro de que la experimentación se vuelva negativa, destructiva. Contra él, sólo la prudencia puede hacer algo. Es el riesgo de que los espacios nuevo que vamos creando diluyan la subjetividad sin crear nuevas vinculaciones que puedan contenernos y entonces la dilución se torne suicida, el abandono un descuido, un dejarse ir negativo. Prudencia. Por ejemplo, abandonar un territorio cuando ya se ha ido indagando en otro nuevo, y hay ahí con quién compartir la búsqueda. Indagar cuando los cómplices adecuados aparecen en el camino. Ir construyendo lugares

19. Judith Butler, Op. Cit.

20. C.f. Deleuze, Mil mesetas, T. I, Cap. 9. p. 318 a 324, Ed. La nómade.

nuevos desde donde el abandono no sea doloroso, destructivo. Encontrar movimientos de creación, no abalanzarse sobre un objetivo que es imposible conocer de antemano. Antes que guiarse por una idea, por un concepto, es mejor sostener una atención que nos permita encontrarnos con lo nuevo, mantenerse abierto a la experimentación, sostenernos no solo en lo que conocemos sino en lo que intuimos, en nuestro olfato, en nuestra sencibilidad, en nuestro deseo. Embarcarse en un proceso que no tiene garantías, en el que quizás apenas podamos sostenernos en la intemperie no es cosa sencilla, pero bien vale correr el riesgo cuando del otro lado podemos encontrar algo que ni siquiera tiene nombre.

Textos usados y/o recomendados.

Virginie Despentes, *Teoría king kong*

Judith Butler, *Deshacer el género*

Sharon Marcus *Cuerpos en lucha* (sobre violación)

José Enrique Ema López *Del sujeto a la agencia (a través de lo político)*

Victor Seidler *Los varones heterosexuales y su vida emocional.*